

trono; sino humillándose á la penitencia. Luego solo la humildad es el verdadero amor propio, porque quanto mas parece que nos envilece y abate, tanto mas nos ensalza y engrandece: solo el humilde es grande á los ojos de los hombres; pero mas grande á los de Dios porque él solo se hace digno objeto de sus alabanzas y de su aprecio: solo el humilde es grande; porque él solo en el ejercicio de la humildad va atesorando las mas ricas virtudes. Conoce el humilde su ignorancia y la cortedad de sus luces, y este conocimiento le hace sugetar sin repugnancia su entendimiento á los misterios de nuestra fé. Conoce su miseria y sus pasiones, y esto le lleva á poner solo en Dios su confianza y esperar en él con firmeza. Conoce que quanto tiene le viene sin mérito alguno de Dios solo, y esto le obliga al mas tierno agradecimiento y á pagarle con sólido amor sus beneficios. Conoce al fin que es nada; y quanto mas se humilla, mas se ensalza; quanto mas se abate, tanto mas se levanta; y quanto se sepulta hasta el abismo profundo de su nada, entonces vuela mas ligero á la cumbre de la gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

DE LA GRACIA SANTIFICANTE.

Plática primera: la naturaleza de la gracia.

Siempre ha admirado el mundo cristiano aquellas gracias obradoras de portentosos milagros con que ha adornado el Señor á algunos de sus siervos á beneficio de la iglesia santa señalándolos singularmente entre el resto todo de los fieles. Al leer en las historias sagradas y eclesiásticas aquellas ruidosas maravillas con que arrebataban tras sí la admiracion y afecto de los pueblos muchos varones santos; al acordarnos de los antiguos profetas descubriendo á los pueblos los mas ocultos misterios y los sucesos de los mas distantes tiempos; los repetidos milagros con que los primeros predicadores de la ley evangélica daban á conocer la omnipotente virtud del Señor, siendo tal vez la sombra de sus cuerpos medicina á las enfermedades; al traer á la memoria el prodigioso don de lenguas de un Xavier con

que se hacía entender de diferentes naciones, el imperio de un Antonio, un Vicente, un Francisco de Paula sobre la muerte y la enfermedad: absortos todos llenamos de alabanzas el omnipotente brazo de Dios, ensalzamos la dicha de estos santos llamando afortunados aquellos tiempos. Querriamos haber visto por nuestros ojos mismos, y sido testigos de tantas maravillas. Y lo que es mas, si Dios descendiendo á nuestros deseos quisiera conceder á cada uno de nosotros, aun á costa de austeras mortificaciones y penitencias, aquel don que le pareciera mas singular; cual escogiera el poder resucitar los muertos, cual la virtud de sanar las enfermedades; este querría tener sujetos á su voz los elementos, aquel con luz profética prevenir los futuros sucesos, y todos finalmente desearian poder imperiosamente trastornar á su voz la naturaleza. Y ¿quién no ve en medio de estos deseos, nacidos por la mayor parte de un ambicioso anhelo de parecer glorioso á los ojos de los hombres, cuan poco se encienden nuestros corazones en deseo de aquel soberano don á cuya consecucion se ordenan las demas gracias y los mismos milagros, y en cuya comparacion son corto prodigio las mas estupendas maravillas?

Aquel don, digo, preciosa margarita en cuya compra empleó sus bienes todos el mas sabio negociante; aquella semilla fecunda de la eterna gloria; aquella fuente de agua viva cuyos raudales corren como á su centro á la celestial patria; aquel bien cifrado en los prodigios de la antigua ley, anunciado tantas veces por los profetas; y por último aquel de quien no fué otro el precio que la vida, muerte é infinitos tesoros de los méritos de un Dios hombre. Direlo de una vez, la gracia que justifica nuestras almas, siendo como es superior no solo á cuanto tiene de hermoso la naturaleza, sino tambien á cuantos dones comunica el Señor á sus santos es la que olvidada de unos y apetecida tibiamente de otros tiene á pesar de su infinita hermosura pocos adoradores entre los hombres. Y si es por lo comun la principal causa de no apreciar las cosas grandes el poco conocimiento de su mérito: levantad, señores, vuestro entendimiento sobre cuanto tiene de honroso la tierra á contemplar, en la breve explicacion que he determinado hacer en estas tres tardes de la dignidad de la gracia, cosas las mas soberanas y celestiales, las mas útiles é interesantes y en las que se cifra la perfeccion de la ley, adonde se

encamina la inefable virtud de los sacramentos y en una palabra, aquel don que debe ser el objeto de todos los anhelos de un cristiano.

Dos géneros de gracia vino á merecernos con el precio infinito de su sangre el Salvador del mundo. La una, que se llama actual, no es otra cosa que aquellas ayudas y socorros con que ó para adquirir la gracia perdida, ó para aumentar la ya adquirida alienta y fortalece el Señor universalmente á justos y pecadores. Aquellas voces interiores que aun en medio de las mas enormes culpas nos estan clamando que la hora de la muerte es incierta, que nos amenaza una infeliz eternidad. Aquella amarga desazon é inquietud que, aun entré los placeres mas exquisitos, nos turba el corazón. Aquel inmenso peso que sin sentir nos arrastra á colocar nuestros deseos en el único sumo bien. Estos y otros semejantes dones todos de la mano omnipotente llamamos gracia actual. La otra gracia, que se llama habitual y santificante, propia de solo los justos, reina de las virtudes y enemiga irreconciliable del pecado, que ha de ser el objeto de nuestro discurso, es la que se infunde en el sagrado Bautismo, y, si despues se pierde por la culpa, se recupe-

ra en el sacramento de la penitencia. Esta, pues, dice el sagrado concilio de Trento, es un divino ser impreso en el alma, que borrando en ella toda culpa como una soberana luz la ilustra, la hermosa y la convierte en una copia la mas viva de la divinidad. Acomodado á esta católica doctrina, gracia, dice nuestro catecismo, es un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria. ¡Qué ceñida es, pero que magnífica y llena de grandeza esta esplicacion! Un divino ser por el cual el alma superior á cuanto poseen por naturaleza los mas encumbrados serafines, compañera y participante de la misma divinidad, endiosada y deificada, como dice el doctor de las escuelas Santo Tomas, se coloca en un grado divino; un ser tan perfecto que siendo raiz fecunda de las virtudes todas ensalza al alma á ser por participacion lo que es Dios por su naturaleza.

A la verdad que nuestro amante Dios al querer de este modo hacernos participantes y compañeros de sí mismo, se valió para vencer al demonio de las mismas armas con que el derribó de aquel feliz estado al primer hombre Adán y quiso elevarnos por aquel mismo rumbo por donde infelizmente nos habiamos precipi-

tado. Escitó Lucifer, ya lo sabeis, en nuestros primeros padres, Adan y Eva, unos deseos los mas soberbios de la divinidad, persuadiéndoles á que si comian del fruto vedado se harian como unos dioses sabedores del bien y del mal: *eritis sicut Dii scientes bonum et malum*. Dios, le decia este astuto enemigo á la inadvertida Eva, os amenaza con la muerte al punto que gustéis de ese fruto; pero sabe que en él está escondida una soberana virtud, tal que si llegais á comerle seréis como otros dioses: *eritis sicut dii*. Creyeron finalmente aquellos corazones arrebatados de un ambicioso anhelo de la divinidad una al par que magnífica engañosa promesa, y faltando á la debida obediencia se lloraron repentinamente esclavos del demonio, los que ya se presumian sabios dioses. Cotejad ahora, señores, la falsa y mentida promesa del demonio con la infalible cierta aseveracion del Dios de la verdad. Porque si fue causa de la universal ruina un desordenado deseo de ser como Dios, en la misma participacion de la divinidad uso el Señor el remedio á nuestro mal. Yo, dice el Señor á las almas, yo suma infalible verdad os aseguro que sois dioses: *ego dixi dii estis*. Todos sin distincion de estado ó cali-

dad los que por vuestra dicha conservais en el alma la divina gracia nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes sois ya por una excelente participacion como Dios: Tú hombre tan miserable á los ojos del mundo, tú infeliz muger oprobio y escarnio de cuantos te miran, sois ya, desde aquel punto en que con lágrimas de verdadero dolor llorasteis vuestras culpas á los pies del confesor, no ya gloriosa rama de troncos reales, no descendientes de soberanos reyes de la tierra, sino descendientes participantes de la misma grandeza del Rey de los cielos, de estirpe divina y elevada por participacion al mismo escelso orden de la divinidad: *ego dixi dii estis*. Aquí sí que se satisfacen los mas ambiciosos deseos del corazón, y sin temor de ser engañados logramos en el don de la gracia la falsa promesa con que arruinó Lucifer á nuestra naturaleza: *Eritis sicut dii*.

Pero ya oigo que sumergido nuestro limitado entendimiento en tanto abismo de grandeza absorto no puede imaginar esta maravillosa transformacion. ¡Una criatura vaso de iniquidad, espuesta á las mas vergonzosas pasiones; una criatura, que á los ojos de Dios es menos que lo que vale en comparacion del vasto oceano una

pequeña gota de rocío puede verse sublimada á un órden divino, gozando por participacion los soberanos gages de la divinidad! Yo os confieso que excede toda idea como la criatura sin dejar de serlo goce unas propiedades divinas sin ser Dios llegando á participar los mas excelentes atributos del ser supremo. Pero ¿qué puede el hombre entender cuando se trata de los magníficos dones de un Dios? ¿qué puede alcanzar cuando se le proponen los efectos de aquel amor excesivo con que le ha amado? Atended no obstante y ayúdennos si pueden las cosas de la tierra á entender en algun modo este don todo del cielo. Ya habreis visto aquellos sellos reales impresos en bronce ó plata que conteniendo, ó el nombre ó la imagen del Rey sirven para dar crédito y solemnizar ya las gracias, ya las mas interesantes resoluciones de la Magestad; ó con que veneracion se miran, se guardan y se conducen! Solemos reventemente besarlos, y ponerlos sobre nuestras frentes tributándoles el reconocimiento de nuestro vasallage. Tanta veneracion á un bronce, tanta sumision á un papel? ¡Oh! que aquel bronce y aquel papel sin dejar de ser lo que son estan sellados con el nombre ó imagen real.

Bien, pues, vosotras almas que recibis la gracia, esclama el Apóstol S. Pablo, sin dejar de ser criaturas estais selladas con el mismo Espíritu Santo, recibis una forma divina, os haceis viva imagen del Criador, y una figura de su bondad y santidad: *in quo credentes signati estis spiritu promissionis sancto*. Sois limitadas, es verdad; pero teneis impreso en el alma el sello de la omnipotencia. Sois ignorantes; pero estais selladas con la divina sabiduría. Sois pobres, teneis pasiones; pero estais en lo interior vivamente señaladas con la riqueza y santidad de Dios. Sois en fin criaturas; pero teneis impreso con la divina mano el sello del Espíritu Santo: *signati estis Spiritu promissionis Sancto*. ¿Y no habeis visto, dice Santo Tomas, al hierro que siendo un metal denegrido, obscuro, frio y sin actividad metido en la fragua y transformado en fuego, sin dejar de ser hierro, se ablanda, luce, resplandece y calienta; así el alma en la fragua del amor, y la gracia de pecadora se hace santa, de fea hermosa, de enferma sana, de miserable divina, y sin dejar de ser lo que es se endiosa, digámoslo así, y se deifica. ¿Qué hay pues que admirarnos si oimos clamar uniformemente á los santos padres y teólogos que por la gracia no solo se partici-

pa la divina naturaleza, sino viene la persona del Espíritu Santo á habitar en nuestras almas? El mismo Espíritu que con universal asombro se dejó ver bajo la figura de lenguas de fuego sobre los apóstoles, él mismo invisiblemente baja sobre las almas justas; no ya en figura, sino en su propia persona á tener en ellas su habitación. Por eso, dice Santo Tomas, por el beneficio de la gracia se perfecciona el alma para que libremente no solo use del don criado de la gracia; sino que goce de la misma persona divina; dignidad en la verdad capaz de hacernos concebir un vergonzoso sonrojo de nuestros pasados defectos, y de alentarnos á las mas heróicas virtudes.

De Plinio filósofo se refiere que al considerar la nobleza del alma racional se avergonzaba de manera de tener cuerpo, que nunca se le oyó decir su linage, sus padres, ni su patria, y aun queriendo en cierta ocasion retratarle no lo permitió creyendo no era justo, que pareciera corporeo, quien tenia una alma tan noble. Orgullo de un idólatra; pero que deberíamos aprender en él cuan lejos debe estar de los placeres del cuerpo, quien tiene un huesped tan soberano dentro de sí como el mismo Espíritu Santo; y mas cuando

no solo este divino Espíritu, sino tambien el Padre y el Hijo moran en ella como en su templo. Hace el Espíritu Santo, dice el gran padre S. Agustin, con el Padre y el hijo en las almas justas su interior morada. Dios que es la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo vienen á nosotros quando nosotros venimos á ellos. Es verdad que Dios por su inmensidad está intimamente presente en todo lugar, y á todas las cosas. Pero á no ser Dios inmenso, á no estar en todo lugar, en virtud de la gracia estaria de asiento como en su trono en la alma justa toda la beatísima Trinidad. O ¡qué aqui faltan las palabras, se entorpece la lengua, y se confunde todo entendimiento! ¡O si el Señor nos concediera poder percibir sensiblemente poniéndonosla á la vista una alma en gracia! Yo bien sé, que enagenados los sentidos, absortos y pasmados no podríamos sufrir, como el mismo Jesucristo reveló á Santa Brígida, el brillo de tanta hermosura. ¡Oh padre, decía Santa Catalina de Sena á su confesor, si vieras la belleza de una alma en gracia, no dudo sino que por una sola te pusieras á morir muchas veces. Pero si fortificados del poder divino llegara á presentárenos su hermosura; ó como arrebataria tras sí todos nuestros afectos!

Veríamos como llena el alma de una luz celestial mas brillante que el sol, mas lucida que la luna y estrellas, eran en su comparacion oscuros los mismos cielos. Acompañada la gracia del hermoso coro de las virtudes, que le hacen como á su reyna una lucida corte, está en el alma como en un trono. La templanza, la castidad y la humildad, repartidas en las gradas de un trono sublime, sirven de preciosas margaritas que le hermocean. Al rededor de este trono se ven en ademán humilde los ángeles santos: allá á lo lejos se divisan en precipitada fuga la turba de unos monstruos disformes, la soberbia, la envidia, la impureza, á quienes la gracia ha arrojado violentamente de aquella alma. Pero levantad un tanto los ojos y ved descansando allí como en agradable tabernáculo al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, toda la beatísima Trinidad, á quien es corto asiento el mismo cielo.

¡Oh alma santa, tálamo de Dios, tabernáculo de la Trinidad inefable, cielo empireo, relicario hermoso, sagrario, corte de la adorable divinidad! Yo en lugar de llenarme de regocijo al considerarte, pasmado de sentimiento y de dolor con mas razon que allá el profeta Jeremias quisiera tener arroyos de lágrimas en que

inundar mi corazón. Vuelvo los ojos á tantas almas perdidas por el pecado, y veo que el que antes era trono de la Trinidad augusta, es inmundo asiento del demonio; veo que con inaudito vilipendio es arrojado el Espíritu Santo, y colocado en su lugar Satanas; veo á las virtudes unas oprimidas, otras huyendo retiradas del alma, y que el lugar de la humildad le ocupa la soberbia, el de la liberalidad la avaricia, el de la castidad, la lascivia; veo convertida la luz en tinieblas, el candor en negra obscuridad, y veo que tuvo atrevimiento el cristiano para arrojar por su propia mano de su alma al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, y albergar á la soberbia, á la avaricia, á la ambicion. Si, señores, este fué el infeliz efecto que causaron en aquella alma, ántes compañera de Dios, aquellas culpas de que se hacia tan poco aprecio y á que tan facilmente nos arrojamos. El Espíritu Santo, todo pureza y santidad, huye de aquellas obras de carne y sangre á que el mundo atrae y convida.

La humildad cristiana, la mortificación, el amor del prójimo y la práctica de las devociones son aquellas luces por donde podemos conocer en algún modo si habita en nuestros corazones este divi-

no luego. Mas si el lugar de estas virtudes le ha ocupado en una gran parte del cristianismo aquel aire de orgullo y vanidad, aquel espíritu de libertad con que entregados á los placeres, á las conversaciones, á las vistas fomentamos las mas locas pasiones con el necio pretesto de que esto lo pide la sociedad y lo demas es de espíritus apocados: si este espíritu ha dominado el corazon: ¡tristes de nosotros que viviendo arreglados á las leyes de la carne, no vivimos en aquel espíritu todo bondad! Pero vosotras almas justas, que por vuestra increíble dicha manteneis hermosa y brillante la divina imagen, y sin haberla manchado sois morada de la augusta Trinidad, conced vuestra grandeza y no queráis volver á la antigua miseria con una indigna transformacion. Esta era la utilísima doctrina que daba el gran Pontífice San Leon á los cristianos: *cognosce ò homo dignitatem tuam &c.* Conced, almas, vuestra dignidad, acordaos que participantes de la divinidad estais selladas con el mismo Espíritu Santo, que sois habitacion dichosa de la Trinidad augustísima, y no queráis por un breve gusto, por un placer pasajero, por una fragil condescendencia volver á aquella antigua infamia de que os libertó la gra-

cia. Antes, llenas de una santa alegría de veros sublimadas á tanta grandeza, aspirad á perfeccionar en vosotras mismas aquella imagen viva de la divinidad, que desatada alguna vez de las prisiones estrechas de la carne se vea resplandecer, lucir y brillar ante el supremo solio del Rey de la gracia y la gloria.

Plática segunda: estima de la gracia por que hace al hombre hijo adoptivo de Dios y su heredero.

Nacer de padres nobles é ilustres, ser y llamarse hijos de hombres que por sus obras se han grangeado el nombre de grandes, es un título que, sin tener parte alguna el propio mérito, es materia de grande gloria á la vana ambición de los mortales. Por mas que ensoberbecidos los hombres hagan vana ostentacion de su nobleza; por mas que cuidadosos muestren en las estatuas é imagenes de sus mayores, en las empresas y escudos unos monumentos que sirvan á la posteridad de testigos que muestren lo ilustre y limpio de su origen, nunca podrán huir la aguda y justa reprension de Ovidio. Estas empresas, esos hechos, esos heroicos progenitores no son efectos de vuestro

mérito, y por tanto injustamente os preciais de cosa agena: *nam genus et pro avos et que non fecimus ipsi; vix ea nostra voco.* No obstante, si es reprehensible el orgullo vano de quien así se jacta, es preciso confesar que es la nobleza una prenda apreciable, que distinguiendo y calificando á quien la posee, le hace acreedor á la estimacion de los hombres, le ilustra y aun con aprobacion de las mismas leyes le grangea un distinguido lugar en el aprecio de los príncipes. Nadie es verdad pudo elegir sus padres, pero así en esto como en los dones naturales quiso la sabia Providencia adornar á algunos con el ilustre nacimiento de nobles padres; mientras otros, aunque sin culpa suya, reconocen por tales en un origen bajo y desconocido á hombres oscuros y sin lustre. ¿Quién duda que á ser esto efecto de nuestra eleccion, á estar en nuestra mano elegir padres á quienes debieramos el sér, todos querriamos haber nacido de poderosos reyes, de soberanos heróicos, de hombres singulares en todo género? Por tanto, para alentar vuestros corazones al debido aprecio de la gracia, quiero mostraros en esta tarde cuan amante, cuan liberal nuestro Dios ha dejado á nuestra eleccion una nobleza real, escelsa: poco he

dicho: una nobleza divina á que pudiendo todos aspirar sin distincion podemos gloriarnos de tener por padre al Rey omnipotente, al origen de toda nobleza, al supremo Señor, al mismo Dios. Esta es la segunda inefable dignidad que da la gracia al hombre hacerle hijo de Dios: consecuencia forzosa de aquel sér divino, de aquella semejanza en la divina naturaleza que en la tarde de ayer fué materia de nuestra esplicacion. Esta filiacion, pues, mas noble de la gracia, que, como dice el catecismo, es un sér divino que nos hace hijos de Dios es don tan grande, tan sublime que en él convida el Apostol San Juan á los hombres á que reconozcan la inmensa caridad de nuestro padre Dios: *videte qualem charitatem dedit nobis pater, ut filii Dei nominemur et simus.*

Mas he aquí que desde el primer paso hemos dado en el escollo de una gran dificultad: ¿Cómo puede ser, dice alguno, que sea propio don de la gracia hacer al hombre hijo de Dios, si aun los impios, si aun los pecadores pueden llamar á Dios con el dulce nombre de padre, y el Señor en las escrituras se llama universal padre de todos? Ya habreis visto, señores, á un caritativo padre de familia que go-

bernando sabia, prudente y cristianamente su casa de todo cuida, á todo asiste, y no falta ni á los mas humildes criados, antes bien cuidando del sustento de estos, instruyéndolos, corrigiéndolos y velando siempre su bien merece llamarse como él mismo lo hace padre de sus criados. Sí, que por eso las leyes le dan el nombre de padre de familias, y es cosa verdaderamente indigna de un cristiano que haya tiranos señores de sus criados, que maltratándolos cruelmente no oigan los miserables de la boca de su Señor sino injurias, dicerios, maldiciones tal vez, y, lo que es mas digno de lástima, nunca se oigan llamar de ellos ni aun por sus propios nombres. Pero siendo este padre cristiano padre de familias cual lo hemos visto, decidme ¿quiénes son singularmente sus hijos? Son estos siervos á quienes tanto cuida, á quienes en todo asiste, y de quienes es llamado padre? No por ciertos hijos propia y singularmente son aquellos á quienes él mismo dió el ser haciéndolos imagen suya, amándolos especialmente y haciéndolos herederos de su casa. Imaginaos á este modo á Dios que cual celoso padre de familias vela, asiste y atiende aun á los mas indignos pecadores: criólos, los conserva, los redimió, y

á pesar de su indignidad los sustenta, los cuida, los llama y los corrige. ¡Oh quién pudiera detenerse aquí á meditar despacio el exceso de amor de Dios! Nosotros pecadores que hemos tenido osadía para arrojar á Dios de nuestras almas, indignos por tanto de que el sol nos alumbrase, de que nos vivifique el ayre, y de que nos sustente la tierra ¿nos vemos no obstante asistidos y llenos de beneficios de la divina mano? Y á vista de que Dios nos vuelve beneficios por enormes ingratitudes, ¿perseveramos aun en el pecado por un leve placer, por un interes ratero? ¡Oh ingratitud monstruosa! ¡Oh ceguedad! ¡Oh necedad agena aun de los brutos! Es, pues, Dios por título de criador, de conservador y redentor, padre de todos; pero singular y propiamente son hijos suyos los que teniendo por la gracia un ser divino participan su misma naturaleza, y adoptados por él, siendo morada de su mismo espíritu, logran un derecho incontestable á la gloria de Dios. Pero no penseis que esta adopción que se hace por medio de la gracia es, ó un mero título, ó efecto de esterilidad, ó necesidad. La adopción entre los hombres, dice Justiniano, es un sócorro del matrimonio, remedio de la fortuna que

suple la esterilidad, ú orfandad: *adoptio nuptiarum subsidium, fortune remedium suplet sterilitati et orbitati*. Fué costumbre ya desde el tiempo de los romanos adoptar á los extraños por hijos concediéndoles el mismo derecho y dignidad que si fueran nacidos del matrimonio, admitiéndolos á su misma familia, y apellido, dándoles derecho universal de sus bienes, y tratándolos con aquel amor y autoridad que si fueran propios. Por este derecho de adopcion coronaron sus osiènes con las diademas del imperio Augusto y Tiberio, Calígula y Neron: reconociéndose de suerte deudores á aquellos que los habian adoptado, que, como decia el Rey Atalario á su abuelo adoptivo, mas apreciaba mostrarse con él agradecido, que la misma real hacienda y señorío. Y bien ¿qué otra cosa obra esta adopcion entre los hombres sino un mero titulo y reputacion sin que el que adopta dé al hijo mas noble sangre, ó mejor disposicion, ó prendas de alma y cuerpo que le hermoseen? No así Dios cuando por la gracia adopta al hombre, porque hermoseándole interiormente, infundiéndole su mismo espíritu, haciéndole participante de su misma naturaleza le convierte en una nueva criatura, de suerte que, no solamente se llame,

y sea reputado, sino que es en realidad hijo suyo: *ut filii Dei nominemur et simus*: tanto que escediendo esta adopcion á la misma filiacion natural, somos los hombres con maravillosa ventaja mas hijos de Dios por la gracia, que de aquellos á quienes reconocemos padres sobre la tierra. Y que mucho si quando á nuestros padres les somos deudores de la carne y la sangre: Dios cuando nos adopta por la gracia nos dá para que habite en nosotros su mismo espíritu. ¡Oh titulo soberano el de hijo de Dios, ó dulce y suave nombre el de padre! nombre todo de consuelo, nombre de amor, nombre que alienta nuestra confianza, nombre que arroja de nosotros todo temor servil! Sirvan los nombres de omnipotente, de justiciero, de inmenso, de soberano, de sabio para humillar nuestros corazones, y para infundir en ellos la mas profunda veneracion á Dios; pero al acordarnos que somos hijos, al endulzar nuestros labios con el suave nombre de padre alentémonos y lleguemos á su presencia no como timidos siervos, sino como hijos amadísimos. ¡Con qué confianza llega á los pechos de su madre el pequeñito infante, como corre á sus brazos, y puesto á su regazo se entrega á sus halagos y caricias, y si alguna vez ate-

morizado se retira de ella, esto sirve á la amante madre de la mayor amargura! ¿Adónde estan, pues, aquellos temores, aquellos congojosos sobresaltos de las almas justas? Mi indignidad, dicen, mi miseria me tiene confusa y atribulada, ella me retrae muchas veces de la presencia adorable del Señor, y me hace llegar llena de temor y sobresalto. Sois, es verdad, pobres gusanillos, sois indigno polvo, si atendeis á nuestra naturaleza; pero sublimadas por la gracia á la dignidad de hijos de Dios. ¿sabeis que amárgais su amante corazon con esos vanos temores? Entregaos si confiadamente al seno de su divina misericordia, y alentando vuestro temor con el nombre de padre pedid, orad, confiad que si los hombres colman de bienes á sus hijos; ¿cuánto mas, dice el mismo Jesucristo, el celestial padre os llenará de su espíritu?

Esto solo era bastante para darnos á conocer el inestimable precio de la divina gracia, la nobleza, la dignidad que en ella logramos de hijos de Dios; pero á mas de esto ha colocado en ella el Señor un derecho incontestable á bienes tan grandes, tan sublimes, que siendo sus verdaderos hijos tengamos tambien derecho como herederos á toda su gloria. Si

sois hijos, decia San Pablo, escribiendo á los romanos, sois tambien herederos, se os deben de justicia todos los bienes y la gloria de vuestro padre Dios: *si filii et haeredes*. Estended la vista por quanto riene de hermoso, rico y opulento la tierra. Dad una ojeada á la hermosura y amenidad de los campos; contemplad quanto oro y plata encierra en sus senos la tierra; quanto tienen de grande y opulento los mas poderosos imperios; levantad despues los ojos ácia el cielo á registrar tantos brillantes astros, tantos planetas lucidos; penetrad un poco en la hermosura de aquella ciudad celestial, corte de todo un Dios, de la compañía de tantos ángeles soberanos, de tantos justos, de la Reyna de todos Maria Santisima. A todo esto os da derecho la gracia, de todo esto sois herederos: todo se os debe, Dios, aquel Señor que sobrepuja infinitamente á quanto hemos dicho, él es la principal porcion de vuestra herencia, su gloria y su posesion son los bienes de vuestra legitima: *ego merces tua magna nimis*. Yo no puedo menos quando llevo á contemplar aquel soberano dominio, aquel lleno de bienes, aquel torrente de delicias de que son herederos los justos; no puedo menos que preguntarme atóni-

to á mí mismo; si para llegar á la posesion de esta herencia fuera necesario retirarse solitario á los yermos, entregarse á las mas ásperas penitencias, abstenerse aun de los placeres inocentes, despojarse de todas las riquezas; ¿qué hombre habría, aun consultando solo á las luces de la razon, que no se privara voluntariamente de bienes tan rateros por llegar á verse dueño de tesoro tan grande? No ignoramos que á mucho mas se espondria el corazon del hombre ardiendo en la insaciable sed de ser feliz á prometérselo aquellos bienes de la tierra que encantan sus groseros sentidos. ¿A qué no se espondria un infeliz esclavo sin juntos de comun consentimiento todos los reyes y soberanos del mundo, las repúblicas todas y los pueblos determinaran adoptarle por hijo, hacerle su heredero, darle un derecho absoluto sobre el universo, advirtiéndole solo que para llegar á ser señor de todo, habia por algunos años de renunciar á aquellos cortos bienes que podia adquirir, y apartado del comercio de los hombres, lejos de todo placer, debería vivir entre estrechas prisiones en una carcel. Al considerar este hombre la dicha que se le prometia, al representarse en su imaginacion que no era menos la heren-

cia que esperaba que los vastos términos de la tierra; y que, como á soberano dueño de todo, le habian de servir humildes las testas coronadas, animoso ofreceria sus manos á las cadenas, iria por sí mismo huyendo de los hombres á encerrarse en la carcel, y alentado con la esperanza de tanto bien le pareceria todo suave. Injusta es, desigual y muy distante la comparacion; porque ¿qué proporcion tienen las grandezas de la tierra con los tesoros del cielo y de cuanto abraza el mundo, que todo, como dice el Apostol San Pablo, todo es propiamente herencia del justo? *omnia vestra sunt.* ¿ni qué proporcion tan duras condiciones con aquellas snavisimas que Dios ha puesto á sus herederos? No les manda forzosamente el Señor que se despojen de toda riqueza, sino que conserven aun en la posesion de estas un corazon limpio y desinteresado; no que se abstengan de todo placer, si de aquellos que solo sirven de fomentar las pasiones. No que se retiren del comercio de los hombres, si que viviendo entre ellos se acuerden que su conversacion y su trato es en los cielos. Verdaderamente que no es menos de admirar la inagotable caridad de Dios para con los justos que tantos bienes les ha preparado, que la insensibi-

lidad de nuestros corazones que no se dejan ablandar. Yo no puedo explicar largamente los muchos títulos porque se le debe al justo este derecho universal sobre todo. Los padres de la iglesia cuando llegan á ponderar este inestimable título de herederos de la gloria de Dios que da la gracia, nos han dejado escritos aquellos nobilísimos títulos porque es debido al justo este universal señorío sobre todas las cosas. Son los justos hijos de Dios, dice San Anselmo, y por tanto toda criatura estará sujeta á ellos. Es un alma en gracia su esposa, y como á tal se le deben los bienes del esposo; es el fin de todas las cosas naturales porque para ella las crió Dios y á ella las ordena. Es amigo con toda propiedad del Omnipotente que hace comunes todos los bienes. Es en fin dulce objeto de sus caricias y su amor, y de un amor tan activo y eficaz que le hace participe de sus bienes todos. Pero ningún título mayor que el que expresó el mismo Dios á Santa Gertrudis por la gracia que la heroseaba. Yo ni en el cielo ni en la tierra hallé cosa en que me deleite sin tí, porque todo el deleite que en tí tengo es por el amor que en tí he puesto. Vengan ahora como de tropel las pasiones á convidarnos con

cuantos halagos ofrece el mundo; representémosnos con la mayor viveza sus deleites, ofrézcanos sus tesoros, clamen cuanto puedan los mundanos que el vivir según las máximas de Jesucristo mortificados, devotos, retirados es pasar una vida oscura, melancólica y acelerarse la muerte, que, como hijos del Altísimo destinados á la celestial herencia, sin dar oído á sus halagos y falsas promesas nos abrazaremos gustosos con la misma muerte ántes que degenerar de hijos del mismo Dios y herederos suyos. Sirvanos de estímulo este peso del corazón que nos arrastra á anhelar continuamente por la felicidad, y obre en nosotros la santa ambición de reinar con Jesucristo una heroica resolución igual al menos á aquellos escesos á que tal vez arrebató á los hombres el deseo de un imperio transitorio y perecedero. Hasta ahora no ha detestado bastantemente el mundo la loca ambición y ciego anhelo con que pretendió el mando del imperio Agripina, no ya para sí, sino para aquella imagen de la crueldad, ejemplo de los vicios, furia de las mas insaciables de sangre humana, Claudio Neron. Esta muger ambiciosa, oprobio de su sexo, solicitaba para Neron el imperio de Roma cuando oyó de la boca de uno de

aquellos sacerdotes agoreros, á quienes como á depósitos de las profecías daban el mayor crédito, la funesta predición de que su mismo hijo le quitaría violentamente la vida si llegaba á sentarse en el trono. ¿Qué importa? respondió Agripina, muera yo, sea víctima de su crueldad, deme la muerte el mismo á quien yo di la vida con tal que él reine y mande: *occidas, dum imperet*. Máxima impia, inhumana, digna de eterno oprobio. Pero máxima piadosa, justa, debida, digna de grabarse profundamente en nuestros corazones cuando se trata no de un imperio de la tierra, sino de la eterna diadema. Muera el justo á los placeres y gozos de la tierra, con tal que como heredero de deleites mas puros reine en el cielo inundado su corazón de delicias. Muera á las riquezas precederas para vivir señor de tesoros inmensos. Muera á las honras y estimación del siglo como viva aclamado y venerado rey entre los ángeles. Muera al mundo entre oprobios, entre pobreza, entre dolores con tal que coheredero de Jesucristo logre en su prometida legítima una vida agena de enfermedad é inmortal. Este es por último, señores, el concepto que debemos hacernos de esta dignidad que hemos explicado de herede-

ros de la gloria de Dios. El mismo Apóstol de las gentes San Pablo, que nos enseña el derecho incontestable que los hijos de Dios tienen á ser sus herederos, asegura que coherederos de Jesucristo no tendremos con él parte en la herencia si no la tenemos en el padecer: *heredes quidem Dei, coheredes autem Christi, si tamen compatimur et conglorificabimur*. Este es el único camino, por mas que lo repugne la carne, por donde caminemos á la herencia prometida. Cristo desnudo, Cristo blasfemado y calumniado, Cristo hecho varon de dolores es la imagen que nuestro padre Dios propone á todos sus herederos para que se conformen á ella. Imagen, es verdad, deforme que atemoriza y agena del demasiado adorno, de la vida deliciosa y blanda y de la libertad que el mundo nos pone continuamente á la vista. Pero ello es cierto que ni hay otro camino, ni otra senda que la que dejó con su sangre señalada este Señor primogénito de los herederos de su padre, y es engaño perniciosísimo persuadirse el soldado á que depuestas las armas podrá entre placeres y deleites lograr el premio de la victoria, que no logró su capitán sino despues de haber sido el blanco de las heridas, de los traba-

jos, de la pobreza y de una afrentosísima muerte. Conformemos, pues, nuestra vida á esta divina imagen tan agradable á los divinos ojos, que ella es la que á costa de infinito precio nos fincó los tesoros que han de ser nuestra herencia estable, permanente y llena de gloria.

Plática tercera: facilidad y medios de aumentar la gracia.

Si en adquirir los bienes de que carecen andan continuamente solícitos y afanados los hombres, no es menos la fatiga y anhelo con que velan incesantemente por conservar y aumentar los bienes adquiridos. Suda, trabaja, y se desvela el pobre por adquirir, é igualmente ocupa los días y las noches solicitando el que ya tiene el aumento, tanto que se suele decir que cuesta mas conservar y aumentar, que aun adquirir de nuevo. Espone el negociante su vida fiando sus tesoros á la inconstancia del mar, camina por ásperas montañas y desiertos valles sufriendo los ardores del verano y los hielos del invierno. ¿y qué pretende entre tantos peligros? Aumentar el caudal. Vela retirado sobre los libros el literato olvidado muchas veces del sueño y el preciso sustento, ya re-

volviendo las bibliotecas registrando los mas gruesos volúmenes, ya fatigando el entendimiento en los mas secretos arcanos, ya pródigo de su salud en las mas costosas esperiencias, y ¿á qué anhela en tan solícito trabajo? A aumentar la ciencia. Vela, pretende el cortesano, trabaja, sufre el soldado entre los horrores de la guerra, ¿y á qué aspiran? A aumentar los puestos, los honores y los grados. Y cuando así á costa de tantas fatigas trabajan todos por aumentar, ni el anhelo cesa, ni se satisfacen sus deseos. El negociante en los contratiempos, el literato en la dificultad de las ciencias y en su limitacion, y el cortesano en el émulo y contendiente encuentran siempre escollos que detienen el curso á sus aumentos. ¡Oh aumentos tan solicitados de todos, y de tan pocos adquiridos! Haria sin duda un gran servicio al mundo, y seria reputado por el mas sabio el que enseñara á los hombres el arte de aumentar sus bienes sin trabajo, sin peligro, y con la mayor facilidad. ¿Quién habria que no pretendiera este arte maravilloso, y mas si en ello ni habia riesgo ni costo alguno, y era por otra parte muy facil el aprenderle? Tal, señores, es el maravilloso que vengo yo á mostraros esta última tarde, arte verdaderamente de

cuya verdad no podemos dudar, y en que sin riesgo alguno logramos aumentar el mas inestimable tesoro.

Habeis oido hasta ahora, y comprendido por la misma doctrina de Jesucristo y de su iglesia santa, que la divina gracia que nos justifica es un caudal riquísimo de bienes dándonos un derecho soberano á aquella corona inmortal, en que poseamos mas tesoros que los reyes todos del mundo, y que los sabios todos que han sido la admiracion de los siglos. Que ella es el titulo de mayor honra y dignidad, en que elevándonos al supremo grado de hijos de Dios, y dioses por participacion nos merece el aplauso de los santos, la veneracion de los ángeles cortesanos del cielo, y el amor singular del mismo supremo Rey de los cielos y tierra. Esta dignidad, esta riqueza era bastante á tener nuestros corazones ocupados todos y embelesados en su hermosura; pero la realza sobremanera, y la exalta la singular condicion de poderse aumentar y crecer proveyéndonos el Señor de los medios mas fáciles y oportunos. En que sin costo ni fatiga podamos aumentarla mas y mas sin límite alguno. Por eso reflexando S. Agustin sobre aquellas misteriosas palabras de Jesucristo, en que hablando á

sus fieles decia que quien creía en él haria obras mayores y mas portentosas que el mismo Cristo, *qui credit in me opera que ego facio et ipse faciet et majora horum faciet*; asegura que en la disposicion con que los fieles se preparan á la gracia resplandece un milagro mas singular que en la misma resurreccion de los muertos. Ya, pues, ansiosos todos deseamos saber ¿cuáles son estos medios tan fáciles, tan oportunos, con que aumentando el tesoro de la gracia obremos en nosotros mismos tan grande maravilla? Satisfáganos desde luego en pocas palabras el catecismo: ¿con qué medios, pregunta, se alcanza y crece la gracia? y responde: con oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes. Dejando por ahora la facilidad y modo de alcanzarla, pues que solo nos hemos propuesto alentar á las almas justas á su aumento, veis ahí, señores, los tres fáciles y singulares medios de atesorar en nuestras almas sin medida la divina gracia, orar, recibir los sacramentos y egercitar las virtudes. Tres fuentes perennes é inagotables de donde podamos sacar continuamente la agua pura y cristalina de la gracia.

Y comenzando por la oracion no os atemoriceis juzgándoos precisados á reti-

raros todos á un desierto donde apartados de los hombres hayais, como los anacoretas, de arrebataros en profundos éxtasis. Es verdad que esta elevada contemplacion de las verdades mas soberanas, intimo comercio del alma con Dios, anticipada bienaventuranza de los justos, es aquel activo fuego en que se acrisola infinitamente el purísimo oro de la gracia. Pero porque para ésta suele, por su misma utilidad, sugerirnos mil aparentes dificultades el comun enemigo: hablo de aquella oracion comun á todos estados y clases de personas, y tan facil como lo es el pedir. Esta oracion, pues, es una petition, un ruego por el cual esplicamos al Señor el deseo de conseguir algun bien, y como dice el catecismo: no es otra cosa que levantar á Dios el corazon y pedirle mercedes. Esta oracion, pues, á la cual ha vinculado el Señor los mayores bienes, tan facil como el mismo querer, tan sin trabajo y costo que no tenemos que sufrir en ella ni aquel leve sonrojo, que suele retraernos de manifestar á los hombres nuestros ruegos, es la maravillosa arte, mejor que aquella que sin tener otro apoyo que la codicia ha hecho consumir tesoros, es digo la maravillosa arte de convertirlo todo en el oro puro de la gra-

cia. De los bienes todos de la gracia entienden generalmente los espositores aquella magnífica infalible promesa, digna solo de un Dios, pedid y recibireis, buscad y hallareis, tocad las puertas de mi misericordia, y se os abrirán; porque todo el que pide recibe ¡grande consuelo para el justo! ¿Y cuántas veces en el día levanta á Dios el corazon? Cuántas devotamente reza las sagradas oraciones del Padre Nuestro y Ave María, tantas crece en él la gracia, y aumentándola mas y mas á proporcion de cuanta tiene, llega á adquirir al día un abundante caudal de gracia. Pero al encender en nuestro corazon el suave incienso de la oracion, es preciso tener cuidado suba derechamente al cielo, no sea que torciendo el rumbo se quede solamente sobre la tierra. Esto era lo que incesantemente pedia al Señor el profeta David, *dirigatur Domine oratio mea*, no se tuerza Señor mi oracion empleada solo en pedirte salud, riquezas, honras y abundancias; suba derecha al cielo á traerme el tesoro de la gracia. Pidamos enhorabuena éstos bienes: ruegue el pobre por el remedio, el enfermo por la salud, el calumniado por el honor; pero pidase ántes la gracia, y al rogar al Señor por los bienes terrenos sea con la mayor in-

diferencia y resignacion, y solo en cuanto puedan conducir al bien mayor de todos la gracia. Dirigiendo de este modo nuestra peticion: ¿qué confianza, qué aliento no inspira la promesa, que 'habeis oído del mismo Jesucristo?

Ya os decia el otro dia cuan ageno es de la confianza que debe tener un hijo para con su padre aquel nimio temor, aquel recelo, aquella pusilanimidad con que suelen parecer ante Dios como si se presentaran á un tirano; pero ahora añado, que si este temor disgusta al paternal afecto de Dios, no menos ofende su infalible verdad y fidelidad. Tanto que el mismo Jesucristo llegó á espresarles esta sentida queja: hasta ahora, hijos desconfiados, no habeis pedido cosa en mi nombre: *usque modo*; pero alentad vuestro corazon y confianza que apoyada sobre ella la oracion con un poder casi omnipotente basta á trastornar los montes y arrojarlos en el profundo del mar. Yo no sé que medio mas facil podia Dios haber dado al justo para aumentar la gracia que este de la oracion. En medio del ruido y estrépito de la corte, ocupado de los negocios mas interesantes de la familia y el caudal, impedido con la mas grave enfermedad, ¿quién se podrá excusar de levantar á

Dios interiormente: el corazon y clamar: gracia, Señor, gracia te pido? Y á este solo clamor, á este ruego abiertos los cielos bajará ciertamente sobre su alma un caudal de esta gracia á aumentar el tesoro que ya tiene. Y si este clamor fuera continuo, sino dejaramos pasar hora en el dia sin hacer esta breve oracion, os parece podrian llegar á numerarse los innumerables grados de gracia que al fin de un solo dia hubiera atesorado el alma justa? O si esta consideracion llegara á hacer conocer á gran parte de los cristianos cuan inmenso tesoro pierden llegando á ofrecer á Dios sus oraciones envueltas en voluntarias distracciones, y tal vez acompañadas de un sumo desacato é irreverencias! Presentarse ante las sacrosantas aras donde se ofrece el cordero inmaculado Cristo nuestra vida; y tal vez hincando una rodilla, dejando correr libremente la vista y ocupado todo el corazon en los negocios de la tierra y en nada menos pensar que en las verdades de nuestra religion! acción indigna de un cristiano, y escándalo aun á los mismos gentiles! Aquel mismo lugar en donde se humilla el Omnipotente Dios, ocultado bajo las apariencias de pan hecho teatro de la vanidad! El lugar de la mayor pureza adonde concurren estre-

mecidos los mismos serafines, profanado con las vistas y quizá con aquellos galanteos obsequiosos detestables aun en los teatros! Desacato que dignamente merece la terrible amenaza de Dios cuando airado pronuncia que arrojará sobre el rostro de quien así ruega el sucio estiércol de sus oraciones. Pero como por el contrario merece la oracion atenta, humilde y reverente; penetra hasta el cielo y trayendo de allí al alma al mismo divino espíritu, aumenta en ella sin límites la divina gracia. Ved, pues, con cuánta razon deciamos que este medio de la oracion tan eficaz y oportuno para las creces de la gracia es tan facil como querer.

Ni hallareis menos facilidad en el segundo medio que nos dice el catecismo; que está en recibir dignamente los santos sacramentos, ántes bien, siendo estos aquellas arca en que dejó Jesucristo depositados los tesoros de sus infinitos méritos y preciosa sangre, ningun medio es mas facil y eficaz que ellos para aumentar, está don precioso. Pero en el que singularmente resplandecen á competencia la facilidad de parte nuestra y de su parte la eficacia para aumentar la gracia es el adorable sacramento de la eucaristía. Elevado el justo por la gracia á ser hijo de Dios adornado

con un ser divino quiso el Señor dejarle en su adorable cuerpo y sangre un manjar divino con que se alimentara; y así como para conservar y aumentar la carne y sangre, de que se componen nuestros cuerpos, ocurrimos al alimento que convertido por medio de la nutricion en carne, sirve á la conservacion y aumento; no de otro modo participando el alma un ser divino tiene para conservar y aumentarle en el adorable cuerpo y sangre de Jesucristo un manjar tambien divino. Por eso sin duda, siendo el principal titulo de la gracia el derecho que da á la vida eterna, quiso el Señor enseñarnos como debe el justo ocurrir á la eucaristía para el aumento, prometiendole singularmente al que dignamente comulga la vida eterna, *qui manducat hunc panem vivet in aeternum*. Y que ¿no significó bastantemente el Señor la facilidad y oportunidad de este medio en la materia que escogió para el del pan y el vino? Podia el Señor haber elegido para materia, ó ya el oro mas fino y acrisolado, ó ya las perlas mas preciosas, ó ya los mas brillantes diamantes. ¡Cuán rico, cuán magnífico no quiso se levantara el primer templo en que habitó invisiblemente! ¡qué opulentos tesoros no se emplearon en el arca que guardaba el maná, sombra solo y

figura de este sacramento! Aun el mismo Jesucristo la noche de la institucion quiso egecutar aquella grande obra en una sala ricamente adornada, sirviéndose de un precioso cáliz de piedra ágata, que se venera aun en nuestra España. ¿Por qué pues dejarnos este sacramento bajo las especies de un alimento tan comun, el mas usado en todo tiempo y acomodado á todas personas? Quien duda que lo hizo á fin de alentar á las almas justas para que sin escusa ocurrieran á un medio tan facil para aumentar la gracia. No puede el pobre pretestar su necesidad, no el rico el excesivo costo, ni alguno puede alegar que está bajo una materia esquisita y peregrina, porque anima á todos esta suma facilidad á llegarse á una mesa que alimenta sin gastos ni fatiga, y sin otro aparato que el de una conciencia limpia y pura, como esplica el angélico doctor Santo Tomas.

Y para no apartarnos del principal intento que es dar á conocer á las almas justas la inagotable fuente que tienen en este sacramento para beber de allí los aumentos de la gracia; ¿quién será capaz de decir cuanta gracia adquiriera el alma por los muchos actos de las mas heroicas virtudes que egercita cuando debida y dignamente comulga? Porque si como acaba-

mos de ver en sola la oracion humilde y el ruego, consigue el justo tantos aumentos ¿qué será con aquellos actos soberanos que ya antes, ya al mismo recibir la eucaristia sagrada, y ya despues repire muchas veces? ¿Cuánta gracia con la confesion sacramental en que detesta muchas veces sus culpas, renueva el dolor y se arma de santos propósitos? ¿Cuánta en la satisfaccion y cuánta al comulgar en el egercicio de las virtudes mas sublimes? Egercita la fé creyendo la verdad de este misterio, la esperanza aguardando los bienes prometidos, la caridad amando á un Señor tan liberal en favorecerle, la religion adornándole, el reconocimiento agradeciéndole, la humillacion abatiéndose pobre gusanillo en presencia del Rey soberano. Y ¿cuánta ¡Santo Dios! al entrar en su pecho como amante huesped el mismo Jesucristo? Cuando solo el desearle, el creerle, el amarle le trae abundantes tesoros: ¿cuántos cuando llega á descansar en su corazon el mismo dueño y dador de la gracia, el Señor de ella y el que con su sangre nos la ha merecido? ¡Riqueza por cierto suma, tesoro inmenso el que gana una alma justa cuando comulga! Pero ya, dicen algunas almas temerosas, si mis pasiones me traen en

continuos combates é inquietudes; si mi tibieza me tiene desflaquecida y desmayada; si mis imperfecciones enferma ¿cómo me he de atrever á llegar á aquella mesa limpia y pura y acercarme á aquel Señor de quien los mismos serafines no son digno asiento? Digno es el temor, debida la mayor reverencia cuando se trata de recibir y albergar al Señor de cielo y tierra; pero si os retira el temor reverente ¿cómo no os arrastra mucho mas el amor, al cual mucho mas que al temor nos exorta uniformes las escrituras santas? Por eso, como enseña Santo Tomas, ha de prevalecer en nuestro caso el amor de unirse con Cristo á todo temor con tal que libres de culpa mortal lleguemos con conciencia limpia y pura. Los mismos temores que á estas almas timidas y pusilánimes inquietaban el corazon del príncipe de los apóstoles nuestro padre San Pedro, cuando acercándose á él Jesucristo, en ocasion que en compañía de sus discipulos pescaba en el mar de Tiberiades, apartate, le dijo, Señor de mi, no te acerques, que soy un hombre pecador: *exi á me Domine quia homo peccator sum.* Sirva, pues, para ellas la misma respuesta que dió á San Pedro el soberano Maestro. *Noli timere: no temas ni sean parte á en-*

tibiar en vosotras el debido amor á tan alto misterio, esas imperfecciones que os enferman, esas tentaciones que os combaten, esas sequedades que os debilitan: si os hallais enfermas es el alimento de vida, si tibias es el fuego que enciende, si combatidas es el arsenal de las mas poderosas armas contra los mas formidables enemigos. Llegad y depuesto todo temor vano lograd en los actos de virtud que egercitis y en el mismo soberano huesped que albergais un aumento de gracia indecible é inagotable. ¿Y qué os parece puede ser mayor la facilidad con que el justo tiene en su mano aumentar infinitamente la gracia recibida?

Tarde, señores, llegamos al tercero, y mas facil medio que el catecismo nos propone, el egercicio de las virtudes. Y para que brevemente conozcamos que en este tercer medio tienen los justos la mina riquísima patente y abierta á todos para crecer en la gracia: no juzgais que solo se entiende por nombre de virtudes aquellos egercicios de austeras penitencias y mortificaciones, aquellas cuantiosas limosnas, aquellas victorias mas heróicas de las pasiones. Todo estado, toda suerte de personas tienen propias y características virtudes que sean su egercicio. La oracion

y retiro en los claustros; el amor, el cuidado, la atención á la familia en los casados; la justicia, observancia y fidelidad en los tratos en el comerciante; la verdad y arreglo á lo justo de su trabajo en el pobre oficial dan materia fácil y continua á ejercitar respectivamente en todo estado muy grandes virtudes, y no habiendo en esto ni costo ni trabajo alguno, antes bien convidándonos á esta calidad de virtudes, que aun el mismo mundo aprecia, la propia comodidad y conveniencia: ¿cuánta gracia llegará á aumentar el justo en este ejercicio en cada hora? ¿cuánta en cada día? ¿y cuánta al fin de un mes y de un año? Pero lo que mas debe llenarnos de un santo aliento es el caudal de gracia que podemos atesorar en aquellos usos de la naturaleza, ya en el alimento, ya en el sueño, ya en las recreaciones y conversaciones honestas y justas. Estas y semejantes obras hechas con fin de agradar á Dios, acompañadas de una resignación de perderlas todas ántes que la gracia son medios eficacísimos de aumentarla. ¡O gracia santa de infinito precio y valor, que habiendo costado tanto al Redentor del mundo, á tan poca costa, sin trabajo puede aumentarte y atesorarte el justo! Si un grado solo de esta divina gracia hu-

biera de ganarse forzosamente á costa de ayunos, austerísimas y cruelísimas penitencias; si fuera necesario para aumentarla pasar los días y las noches en altísima contemplación; dar á los pobres todo el caudal despojándose de él: si fuera necesario dar la vida entre el fuego y las espadas, entre las garras de las fieras y entre los mas crueles martirios: todo esto sería corto precio á su infinito valor. Los dolores todos de los mártires, las penitencias de los santos confesores, el retiro de los anacoretas, la victoria de las vírgenes son un claro testimonio de cuanto apreciaban estos santos este divino tesoro y sus aumentos. Y cuando Dios de nosotros no exige rigurosamente tanto, sino el cumplimiento de aquellas obligaciones que son propias de nuestro estado, alegamos excusas, pretestamos ocupaciones, y enemigos mortales de nuestra propia alma la privamos de este riquísimo tesoro por unos bienes transitorios. Dichoso mil veces el mundo que nos trae en continuas fatigas, en sudores, en cuidados cuando por aumentar el caudal, por subir al puesto honroso, y quizá por conseguir aquel criminal placer nos desvelamos, trabajamos, empleamos todos nuestros afanes. Y entre tanto este inmenso tesoro por quien

aquel Señor que no se puede engañar, Cristo vida nuestra, empleó trabajos y fatigas; vivió una vida pobre y desconocida y murió una muerte llena de dolores y afrentas, no nos merece ni el mas leve cuidado. ¿Qué es lo que en los bienes de la tierra nos encanta, que no se halle con increíbles ventajas en la gracia? ¿Nos roba el corazón una hermosura perecedera? Belleza y belleza divina semejante á la del mismo Dios es con la que la gracia nos hermosea. ¿Picados del honor aspiramos á los grandes empleos, adonde ennoblecidos logremos el aprecio y la honra? Un sér divino, una nobleza soberana de hijos del mismo Rey de los cielos, que nos hace dignos del aprecio de Dios, tenemos en la gracia. ¿Nos arrebatan las riquezas, nos tienen los gustos y placeres inquieto el corazón por conseguirlos? Herederos por la gracia de la gloria de Dios somos verdaderos señores de cuanto encierran el cielo y la tierra para poseerlo dentro de breve tiempo entre abundantes purísimas delicias.

Aliento, pues, consultemos á nuestro propio amor y comodidad, y con una usura santa demos bienes perecederos por inmortales. Aliento y sírvanos de un sano consuelo al apartar de nuestro corazón

el afecto á las riquezas, á los honores, á los placeres de la tierra, que si perdemos estos, logramos en la gracia riquezas, honras, delicias; direlo en breve: logramos tener un sér divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.

FIN DEL TOMO TERCERO.

de los Sermones y pláticas que contiene este tercero y último tomo.

<i>Sermon de honras del Excmo. Bucareli</i>	3
<i>Sermon de honras del Excmo. Galvez</i>	43
<i>Sermon primero de profesion de religiosa</i>	83
<i>Sermon segundo de profesion de religiosa</i>	110
<i>Sermon tercero de profesion de religiosa</i>	135
<i>Sermon cuarto de profesion de religiosa</i>	161
<i>Sermon de honras de militares</i>	184
<i>Sermon del amor á los enemigos</i>	204
<i>Sermon de gracias á fin de año</i>	227
<i>Sermon de la tibieza</i>	252
<i>Sermon en oposicion á la Magistral</i>	272

Pláticas doctrinales del mundo enemigo del hombre.

Plática primera: el mundo enemigo

del hombre en el uso y moda de trages indecentes.....	304
Plática segunda: el mundo enemigo del hombre en el uso de bailes peligrosos.....	325
Plática tercera: el mundo enemigo del hombre en el uso de amorosos cortejos.....	344

Pláticas doctrinales del amor de Dios y del prógimo.

Plática del amor de Dios.....	363
Plática del amor del prógimo.....	378

Pláticas del amor propio ó de sí mismo.

Plática primera: el amor propio manifiesto y descubierto.....	392
Plática segunda: el amor propio encubierto y disfrazado.....	408
Plática tercera: el amor propio vencido y curado consigo mismo..	426

Pláticas doctrinales de la gracia santificante.

Plática primera: naturaleza de la gracia.....	443
Plática segunda: estima de la	

gracia porque hace á los justos hijos de Dios y sus herederos....	457
Plática tercera: facilidad y medios de aumentar la gracia.....	472

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

BX1756

.F4

S4

v.3

132833

AUTOR

FERNANDEZ DE URIBE, José P.

TITULO

Sermones de Jesucristo

